





Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Elena García**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego Mainar

Cubierta

Gabriela Rey (@madameardent)

Maquetación

Natalia Sánchez Visosa

Corrección

Carla Rubal, Raquel Horta y Mario Morenza

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Abril de 2022

Depósito Legal: B 7947-2022

ISBN: 978-84-18726-63-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).



ELENA GARCÍA

*La manguera
que nos unió*



Nova Casa Editorial





Índice

7	Agradecimientos	209	Capítulo 26
9	Dedicatoria	217	Capítulo 27
11	Capítulo 1	225	Capítulo 28
17	Capítulo 2	233	Capítulo 29
23	Capítulo 3	241	Capítulo 30
29	Capítulo 4	251	Capítulo 31
37	Capítulo 5	255	Capítulo 32
45	Capítulo 6	261	Capítulo 33
53	Capítulo 7	269	Capítulo 34
61	Capítulo 8	277	Capítulo 35
71	Capítulo 9	283	Capítulo 36
79	Capítulo 10	291	Capítulo 37
87	Capítulo 11	297	Capítulo 38
95	Capítulo 12	305	Capítulo 39
103	Capítulo 13	313	Capítulo 40
111	Capítulo 14	321	Capítulo 41
119	Capítulo 15	329	Capítulo 42
127	Capítulo 16	339	Capítulo 43
135	Capítulo 17	347	Capítulo 44
143	Capítulo 18	355	Capítulo 45
149	Capítulo 19	361	Capítulo 46
157	Capítulo 20	369	Capítulo 47
165	Capítulo 21	377	Capítulo 48
175	Capítulo 22	385	Capítulo 49
183	Capítulo 23	393	Epílogo
193	Capítulo 24	411	Mis otras historias
201	Capítulo 25		







*A María José Caro Ayora, quien me prestó su rostro y nombre
para esta historia.
A Faty, Sylvia y Ángela. Las chicas 23.
Gracias por vuestro apoyo.*





*Existen tres tipos de personas: las que cuando juegan con
fuego se queman, las que aprenden a no quemarse
y las que se mueren de frío.*





❖ Capitulo 1 ❖

Son más de las doce y el encargo que le hice a la distribuidora sigue sin llegar. Llevo más de dos semanas esperando a que me envíen un paquete con medicamentos importantes y aquí no aparece nadie con ellos, y lo peor de todo es que cada vez que entra un cliente y se marcha con las manos vacías, sé que no volverá. Los he llamado infinidad de veces y me dan largas continuamente. Como a ellos esta situación no les genera pérdidas, no llevan ninguna prisa. Si ya de por sí en el negocio me va mal, esto sin duda lo empeorará.

Salgo del mostrador aprovechando que no hay nadie y repongo los productos de higiene que se ha llevado la última persona que entró. Alzo la mirada y vuelvo a fijar mis ojos en la caja de las bolas chinas. Llevo vendiéndolas en la tienda más de seis meses y cada vez llaman más mi atención. Las ofrezco como ejercitadores de suelo pélvico para mujeres que acaban de dar a luz o que tienen algún problema de incontinencia, pero mi mente no deja de llevarlas a otro lugar. Mi amiga Lucrecia se las compró en un *sex shop* hace algunos meses y dice que es de lo mejorcito que ha probado, y eso que de esto tiene un buen arsenal. Yo, en cambio, en el tema sexo siempre he sido muy tradicional. Quizás mucho más de lo que debería, pues nunca he llegado a probar nada fuera de lugar. Mi expareja quiso experimentar conmigo en la cama y siempre me negué, así que nunca he ido más allá de las cuatro puñaladas de carne. Así me fue... En cuanto tuvo la oportunidad



me dejó por otra. Por mi vecina para ser exactos. Por lo visto, y según llegó a mis oídos después, va contando por ahí que esa sí que se la chupa bien. Como si yo le hubiese hecho eso alguna vez. ¡Qué asco!

Imagino que esta especie de frigidez que me atormenta viene de atrás y sospecho que se debe a que me he criado en un hogar un tanto puritano. Mi madre siempre criticaba a quienes lo hacían y mi padre, si era necesario, nos metía los dedos en los ojos a mi hermano y a mí para evitar que viésemos una escena subida de tono en la televisión. Eso sí, él no le quitaba el ojo de encima, hasta que mi madre se daba cuenta y se armaba la guerra. Qué tiempos aquellos... Ojalá no vuelvan.

—Buenos días—. Margarita, la estirada e insoportable dueña del local donde tengo instalada la botica, entra como cada día a revisar que todo esté en orden.

—Hola... —respondo carente de entusiasmo. Esta mujer saca lo peor de mí.

Si llego a saber esto el día que firmé el alquiler, me busco otro lugar. Es la persona más pesada y agobiante que he conocido en mi vida. Por su avanzada edad quiero creer que ya chochea porque no logro hacerle entender que, si estoy pagando por un espacio, es mío hasta que deje de hacerlo y puedo colocar el mobiliario como me dé la gana.

—¿Qué es eso? —Se inclina y rasca con una de sus uñas recién pintadas el yeso de la pared.

«Joder. No se le escapa nada» protesto para mis adentros. Ayer por la tarde, el señor Tomás casi se cae al entrar por mirarme los pechos y con la garrota golpeó una de las paredes, haciendo que un trocito insignificante de la pintura se desconchara. La imperfección apenas medirá un par de centímetros. ¿Cómo ha podido verla? Ojalá mi abuela, que debe tener sus años, tuviera también su vista. Dios se la bendiga mucho tiempo.





La manguera que nos unió

—No lo sé. —Trato de ignorarla para que se marche. Como se me ocurra darle alguna explicación, la cosa se pondrá mucho peor.

—Tendrás que pedir que lo arreglen o te lo descontaré de la fianza.

Todos los días es la misma historia. Me tiene hasta los ovarios. En cuanto ve algo, por pequeño que sea, que pueda estar mal, comienza con las amenazas. Me duele la lengua de mordérmela y si me he callado hasta ahora ha sido por respeto a sus canas. Si tuviera unos años menos se iba a enterar.

La suerte parece estar de mi lado y tras pasearse a sus anchas durante algunos segundos más, observándome por el rabillo del ojo como si me perdonase la vida, finalmente, se marcha. Expulso el aire de mis pulmones con alivio y continúo con lo que estaba haciendo.

Alzo de nuevo la mirada y vuelvo a encontrarme de frente con las puñeteras y llamativas bolas. Las observo varios minutos más y juraría que puedo oír cómo me llaman: "Mariajo... Mariajo... déjanos ser tu badajo", pestañeo varias veces pensativa y, cuando por fin sucumbo a la tentación, estiro mi brazo para hacerme con una de las cajas. No puedo aguantar más este suplicio, tengo que saber qué se siente con ellas. La abro para sacar su contenido y, nada más hacerlo, las pego contra mi pecho imaginando mil cosas que hacer con ellas, aunque en realidad solo sirvan para una. Cuando más entregada estoy al fantaseo, el sensor de la puerta me indica que alguien está entrando y en un acto reflejo las lanzo bajo el mostrador para evitar ser descubierta.

—Buenos días. —La voz de un hombre suena a mi espalda y rezo para que no lo haya visto. Después de tanto como me ha costado tomar esta jodida decisión, lo último que quiero es que alguien me pille con las manos en la masa—. Si está tratando de jugar a la petanca con eso, le va a ir muy mal. —Mis ojos se abren con sorpresa y toda la sangre del cuerpo se me agolpa en la garganta. Permanezco inmóvil unos segundos más, sin saber muy bien qué hacer debido a la vergüenza y, viendo que no me





nuevo, continúa—. Siento decepcionarla, pero, para que el lanzamiento funcione, las bolas deben ser metálicas.

Por su acento deduzco que no es de la zona. Cuando oigo cómo se ríe, no sé dónde meterme y me giro poco a poco con intención de recuperarme antes de encararlo. Al hacerlo, me encuentro de frente con un hombre enormemente atractivo y bastante alto. Casi tanto como mi primo Juanra, que mide alrededor de un metro noventa, pero ni que decir tiene que este le da mil vueltas y nada tiene que ver con mi pariente el larguirucho que, además de idiota, se cree guapo, cuando es más feo que un gato sin pelo. También parece más joven, calculo que no alcanzará la treintena, y aunque eso es algo que en otro momento me agradaría, ya que prácticamente solo atiendo a personas mayores durante todo el día, esta vez no está siendo así. ¿Qué estará pensando de mí? Ojalá en vez de él hubiese entrado el señor Tomás que, aunque es un poco acosador, no sabría qué es eso que anda rodando por ahí y mi dignidad, de alguna forma, seguiría intacta.

—Ho... la. —Mi voz suena forzada, como si alguien me estuviese estrangulando desde atrás. Si a algo le doy gracias es a que todavía esos trastos del demonio están fuera de mi cuerpo. De no ser así, de tanto como estoy apretando el culo ya se me habrían subido a la tráquea—. Ya sé que no son para eso... —finjo reír y sueno como una puerta oxidada—. La caja estaba rota y, bueno..., se me han caído. Ahora las recogeré. ¿En qué puedo ayudarle? —Aprieto la mandíbula mientras él aguanta la risa al ser testigo de mi bochorno.

—Necesito... —carraspea para seguir disimulando—, lubricante.

—¿Cómo? —Ya no sé si habla en serio o es que está pretendiendo hacerse el gracioso.

—Quiero un bote grande de lubricante. El mejor que tenga. —Me mira directamente a los ojos y mis piernas flojean. Tiene la mirada más sexi y empotradora que he visto en mi vida. Con





La manguera que nos unió

un maromo así seguro que se me quitaban las ganas de andar jugando con pelotitas. Lástima que los tipos como él ni siquiera se fijen en las mujeres como yo, porque a este sí que le chuparía hasta el tuétano. ¿Qué coño acabo de pensar?—. También quiero una caja de condones.

Con esa frase logra sacarme de mis pensamientos y, por fin, me centro para prestarle atención.

—Ahora mismo.

Me giro para ir a buscarlos y, por sorpresa, me detiene sujetando mi mano.

—Espera. —Observo como su enorme brazo oprime mi muñeca y mi mente vuelve a divagar. Debo de estar con la ovulación porque, si no, no me lo explico—. Los condones deben ser grandes. De talla especial.

—Ammm... Ok. —Muerdo mi labio y un enorme pene aparece en mis pensamientos. Por alguna razón que nunca sabría explicar, lo imagino como si fuese un trípode y sonrío sin darme cuenta. Cuando vuelve a hablar, soy consciente de lo que estoy haciendo y guardo las formas para ponerme seria.

—¿Tiene la talla XXL?

Busco en su mirada algo que me indique que está bromeando, aún a riesgo de parecer tonta, y al no encontrarlo me disculpo para entrar a la parte de atrás y buscarlos.

Si no recuerdo mal, esa talla equivalía a más de veintidós centímetros, así que ahora es la imagen de una anaconda la que me atormenta. Río a placer aprovechando que no puede verme y, tras un par de minutos revisando las estanterías, por fin doy con ellos. Los guardé aquí hace un par de meses al no venderse por ser una talla poco usual y aproveché el lugar que dejaron en la vitrina para colocar otras cosas.

—Aquí tiene.

Los coloco sobre el mostrador y veo aparecer una sonrisa de satisfacción en su cara.





—Es curioso —habla, y le miro atenta esperando a ver qué dice—. Es la primera vez que los compro sin tener que hacerlo por encargo.

—No sé a qué se refiere. —De sobra lo sé, pero prefiero disimular. Tampoco sabría qué decir y, con lo nerviosa que estoy, apostaría lo que fuera a que suelto algo que todavía me ridiculice más.

—Mi..., bueno —ríe y rápidamente me arrepiento de no haberle dicho otra cosa—. Mi Miniyo tiene unas medidas un poco... —Mi cara se vuelve tan roja como un tomate—, fuera de lo común, ya me entiende.

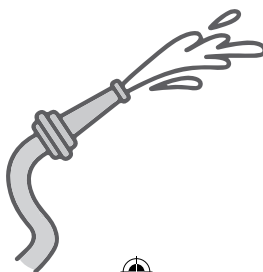
—Nah, no se crea... —Cada vez lo arreglo más. ¿Por qué narices he dicho eso y por qué no cierro la bocaza de una jodida vez?

—Pues la experiencia me dice todo lo contrario. —Levanta una ceja, pícaro, y ruego para que la tierra me trague de una vez.

—No se preocupe, aquí vienen muchos así —miento para salir del paso—. Si necesita más de lo mismo, ya sabe dónde encontrarme. —En el momento en que acabo la frase me doy cuenta de que se puede malinterpretar y rectifico—: Quiero decir... que cuando se le terminen o caduquen... —Mierda, ¿acabo de insinuarle que no mantendrá relaciones? —Quiero decir..., que si quiere más... —Con cada palabra que suelto me siento más absurda—. Tengo más de lo que quiere en la parte de atrás.

—Suena bien eso. Creo que le tomaré la palabra. —Me guiña un ojo, deja el dinero en el mostrador y, en el momento en que se marcha, resoplo cubriéndome la cara con las dos manos.

—Madre del amor hermoso... —balbuceo. Es la primera vez que deseo que un cliente no regrese.





❖ Capítulo 2 ❖

A la hora de cerrar todavía no he logrado sacarme de la cabeza el suceso y mi mente tampoco me ayuda. Y, para colmo, cada vez que tiene oportunidad me lanza una imagen clara y concisa del posible tamaño de ese... animal. Recojo lo que puedo y, procurando dejar todo preparado para la jornada de mañana, me marchó. Odio llegar a casa y saber que todavía me quedan cosas por hacer. Si quiero desconectar del trabajo esta es la única manera. Cuando estoy bajando el cierre de seguridad, dando por hecho que ya he terminado, recuerdo que no he desconectado los automáticos y tengo que volver a subirlo para regresar. Desde hace meses noto que, si apago todo, a excepción de las neveras, desembolso casi la mitad en la factura de la luz. Algo me dice que la estirada dueña del local tiene algún tipo de enganche ilegal y es a mí a quien están cobrando su consumo. Con lo rúcana que es Margarita podría apostar lo que fuese y no lo perdería.

Abro la puerta del cuadro eléctrico, bajo los diferenciales que no necesito y, cuando estoy presionando el último, una ráfaga de luz sale proyectada en mi dirección.

—¡Qué mierda ha sido eso! —Apenas he sentido dolor, pero el brillo inesperado de la luz me ha dejado ciega.

Busco con las manos la pared para guiarme y, tras luchar contra cientos de destellos oculares, poco a poco voy recuperando la vista. Vuelvo la atención al cuadro de luz buscando una explicación y lo único anormal que encuentro son unas motitas



de hollín en el suelo. Definitivamente, la bruja de arriba me la está jugando y mañana sin falta hablaré con ella. Igual que a mí me cobra por todos los desperfectos externos, esto es algo interno y debe hacerse cargo.

Compruebo que los interruptores de las neveras están bien, esta vez presionándolos con un listón de madera por si las moscas y, al ver que todos funcionan a la perfección, hago lo que debería haber hecho hace rato y me voy.

A medio camino, mientras conduzco, abro un poco mi ventanilla e inspiro profundamente el dulce aroma que desprenden las flores de azahar. Soy sevillana de nacimiento y si por cualquier razón tuviese que marcharme de aquí, lo primero que echaría de menos sería este adictivo perfume. Solo Sevilla puede oler así.

Aunque ya es tarde y apenas hay luz solar, no puedo evitar echar una mirada a través de los cristales. Desde la carretera se aprecia la Giralda en todo su esplendor y, aunque paso cerca de ella todos los días, me tiene totalmente enamorada. No sé si será por su altura, ya que durante años fue la torre más alta del mundo, o por su portentosa estructura con la que logra impactar a todos los que la visitan, pero lo cierto es que cada vez me gusta más. Aunque quizás, pensándolo bien, tenga más que ver con mi abuelo y el amor con el que me habla de ella. Allí fue donde besé por primera vez a mi abuela y eso debió de calar muy hondo en su corazón. Es tal su pasión por este campanario, que hasta llegó a encargarse un cuadro del Giraldillo, la escultura que corona la torre sobre una gran bola de bronce.

—¡Mierda! —Piso el pedal del freno— ¡Las bolas! —Al pensar en la de bronce recuerdo que las he dejado encima del mostrador de la farmacia—. ¡Sabía que al final me olvidaría de algo! —Golpeo el volante y por suerte no viene nadie detrás. Es muy tarde para volverme ya y, por descuidada, me toca esperar hasta mañana. ¡Con las ganas que tenía de probarlas!





La manguera que nos unió

Al llegar a casa mi hermano está en ella y me sorprende verlo. Es solo dos años mayor que yo, pero se independizó hace, al menos, cuatro.

—¡Hola, hermanita! —Se acerca a mí y me besa en la frente—. Cada día estás más guapa.

—Y tú más pelota —ríó mientras lo abrazo. Me parece increíble que ahora nos llevemos tan bien, cuando siempre nos hemos estado peleando y hasta sacando trozos de piel. Aún recuerdo la vez que, en venganza por romperle uno de sus coches, me colocó varias cerillas entre los dedos de los pies mientras dormía y las encendió. ¡Menudo hijo de perra! Era más malo que la carne de cabra vieja—. ¿Qué haces aquí? —Vive, al menos, a cien kilómetros de distancia y, por las horas que son, entreveo que también se quedará a dormir.

—Mañana tengo una reunión importante aquí al lado y he aprovechado para venir ya y así pasar un poco más de tiempo con vosotros. —Llevábamos cuatro meses sin vernos—. ¿Cómo va el negocio?

—Bueno, si te digo que bien te miento. Saco lo justo para pagar y me sobra muy poco, así que me temo que nunca me dará para ser como tú. —Montó una gestoría y le está yendo de maravilla. Ojalá consiguiese facturar al mes lo que él en tan solo una semana—. En cuanto me tome cuatro cervezas con las amigas en la plaza se acabó la ganancia.

—Entonces tendrás que tomarte solo dos —bromea—. Ya vendrán tiempos mejores, aguanta un poco.

Cuando voy a responderle entra mi madre cargada de platos y nos pide que la ayudemos a poner la mesa.

Tras pasar las cuatro horas más agradables de todo el día, se me hace tarde y, antes de irme a la cama, me despido de Kike. Sé que pasará bastante tiempo hasta que nos volvamos a ver.

—Que te vaya bien en la reunión, grandullón. —Despeino su cabello.



—Y a ti en la farmacia, pequeñuela. Recuerda que si necesitas ayuda o asesoramiento solo tienes que llamarme.

—Espero no tener que hacerlo —digo ya desde el pasillo, y en cuanto entro a mi cuarto me echo sobre la cama. Estoy tan cansada que mi cuerpo ya lo necesitaba.

A la mañana siguiente me levanto con ánimo y sé que se debe a lo que me está esperando en la botica. De hoy no pasa que pruebe esa mierda. ¡Hasta he soñado con ellas! Conduzco más rápido de lo que debería solo para llegar antes y, cuando aparco, me tiemblan hasta las manos. Lo primero que hago nada más entrar es conectar los automáticos y, al no acordarme de lo que pasó la noche anterior, vuelvo a hacerlo con la mano.

—¡Joder! —De nuevo el chispazo me asusta y quedo totalmente deslumbrada.

La mala suerte quiere que, en ese momento, y antes de que pueda recuperarme, entre un cliente y tengo que atenderlo casi a tientas. Para más inri, el hombre viene a comprar gotas oculares, y si no es porque él mismo se da cuenta, las gotas se las lleva, pero para los oídos. Menos mal que al final se ha solucionado, porque un fallo así me puede costar la licencia.

Cuando se marcha y estoy algo más recuperada, resoplo mientras miro hacia la derecha. Me encuentro de frente con la caja que dejé ahí la noche anterior y que todavía no me ha dado tiempo a guardar. Esto ya parece de risa. Cuánto más me esfuerzo en ocultar algo, más evidente se vuelve. Seguro que, si salgo a la calle con ellas puestas en la cabeza, nadie se da cuenta.

Alzo la caja con cuidado para que no se abra, ya que la desprecinté el día anterior, y la llevo al almacén. Valiéndome de un poco de intimidad, vuelvo a sacarlas y las observo. Son tres, y dos de ellas vienen unidas con una especie de aro de silicona. Se lo retiro con cuidado para que queden sueltas y descubro que tienen diferentes tamaños, y, además, los pesos varían.





La manguera que nos unió

—Querida, tú serás la primera —digo como si la bola pudiese escucharme y, aunque parece la más pesada, su tamaño es el menor de las tres. Quiero empezar por poco y, si funciona, ya veré. Asomo la cabeza por la puerta para ver si viene alguien y asegurándome de que, como cada mañana, estaré sola hasta que los médicos comiencen a pasar sus consultas, entro en el baño con una intención muy clara. Cojo antes un par de guantes de látex para hacerlo más higiénico y dejo caer mis bragas en el suelo. Viendo que ya vienen esterilizadas, subo una de mis piernas al inodoro y, apartando la maleza, encuentro lo que busco. Definitivamente, me tengo que depilar. Mi querido amigo empieza a parecerse cada vez más a una cabeza afro.

Con cuidado, coloco la bola en la apertura de mi vagina y, con más vergüenza que otra cosa, la empujo con suavidad hasta que entra. Si mi madre pudiese verme por un agujerito..., pensar en ella hace que me rechinen los dientes y me esfuerzo por sacarla de mi cabeza. «¿Y ahora qué?» me pregunto mientras junto las piernas para que no se salga. Espero unos segundos y nada. Alcanzo la caja y despliego las instrucciones. Sé que debería de haberlo hecho antes de empezar, pero el mecanismo está muy claro. O eso pensaba.

—Veamos... ¡Ay, no! —balbuceo. Solo había tres posibilidades de fallar y lo he hecho a la primera. Según me indica, la más pequeña es la última que se debe utilizar y solo cuando me haya acostumbrado a llevar las otras. Al ser de un menor diámetro, los músculos vaginales tienen que cerrarse más para sujetarla y de ese modo se termina de fortalecer el suelo pélvico. Pongo los ojos en blanco y, con las mismas, me agacho para sacarla. Empujo y al ver que aunque me esfuerzo no sale, aprieto más. Me levanto, coloco las manos en mi cintura para hacer más fuerza y me vuelvo a agachar. Aprieto de nuevo y no tardo en empezar a sentirme ridícula—. ¡Por Dios! Solo me falta cacarear. —Sigo

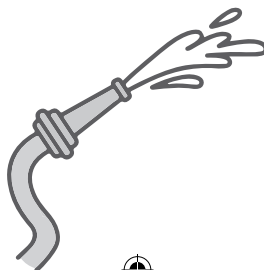


ELENA GARCÍA

intentándolo y no hay forma—. Por favor, sal ya. ¡No me hagas esto! —La animo y la cosa sigue igual. Presiento que expulsarla me va a costar un huevo... y ahora más que nunca entiendo esa expresión. El sensor de la puerta comienza a sonar, anunciando que alguien acaba de entrar y mis ojos se abren como platos—. No puede ser... ¡Ahora no, joder! ¡Ahora no!

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Esa voz... ¡Yo he oído esa voz antes!





❖ Capítulo 3 ❖

Busco las bragas como si me fuese la vida en ello y, cuando las encuentro, las levanto con rapidez, pero no me doy cuenta de que hay un saliente del tubo del radiador cerca y se quedan enganchadas.

—¡No me jodas! —Llevada por los nervios, tiro de ellas con fuerza para soltarlas y oigo el momento exacto en que se rajan—. ¡Virgen de la pata arrastra! —Angustiada, me pongo de pie para no hacerlo esperar más y camino como puedo hasta el mostrador. La cosa no ha podido ponerse peor.

—Buenos días.

Alguien me saluda y al levantar la vista para hacer lo mismo me quedo petrificada. El trompa de elefante ha vuelto y no ha podido ser más oportuno. Es la segunda vez que me sorprende en una situación así.

—Ho... la. —Aliso mi falda para disimular el sonrojo. Entre el sofoco que tengo y la impresión de verlo, debo de tener la cara como si me hubiesen dado dos chanclos—. ¿En qué puedo ayudarlo? —Trato por todos los medios de parecer calmada, pero en el fondo me siento como si en cualquier momento fuese a descubrir lo que escondo.

—Necesito una crema para las rozaduras.

—¿Qué rozaduras? —pregunto sin pensar y me vuelve a pasar lo mismo que el día anterior. Por miedo a que crea que no soy profesional salgo del paso como puedo—. Quiero decir, ¿es algún tipo de dermatitis alérgica o irritativa por contacto?





—Cambio el peso de un pie a otro y mis ojos quedan fijos en la caja registradora al notar que la jodida bola se mueve y comienza a deslizarse hacia abajo. ¿Ahora sí que quiere salir?

—Pues... la verdad es que no lo sé. ¿Qué te parece a ti? — Cuando echa mano al cinturón mi respiración se corta, y en el momento en el que empieza a desabrocharlo tengo que apretar mis glúteos con fuerza para que, debido al *shock*, no termine de caerse la maldita bola.

—No te... Aquí no te desnu... —Nerviosa, y antes de que pueda terminar la frase, me señala una pequeña rozadura de dos centímetros por debajo de su ombligo y dejo salir el aire de mi pecho, aliviada. Al relajarme, la bola de la tortura se empeña en bajar aún más y, con disimulo, cruzo las piernas. Ahora ya sé lo que siente una ostra cuando se aferra a su perla.

—¿Qué te parece? ¿Qué crees que puede ser? —habla de nuevo sacándome de mis pensamientos, y por el sobreesfuerzo que estoy haciendo con la pelvis me cuesta responder.

—Pues parece... —Aun en medio de mi gran apuro, puedo notar lo marcado que está su abdomen—. Tiene pinta de... — Varias gotas de sudor comienzan a resbalar por mi espalda y, antes de carraspear, contraigo con fuerza la vagina—. Parece irritación por algún roce.

—Pues ahora que lo dices... —Se queda pensativo por un momento, así que aprovecho que vuelve la atención a su piel y con un rápido movimiento a través de la tela de la falda empujo la bola hacia dentro. Parece que de momento funciona—. Puede ser, sí... Vas a tener razón —dice sin más—. Dame entonces una crema específica y... otra caja de condones, de esas que guardas en la parte de atrás, por favor —me sonrío y presiento que no voy a poder dejar de imaginarme en todo el día cómo ha podido hacerse eso.

Camino con brío para cogerlos y así terminar antes con él, pero en el momento en que regreso al mostrador me vuelve a





La manguera que nos unió

pasar lo mismo. Al detenerme, la bola se mueve y comienza a resbalar haciendo que me arrepienta de no haber intentado sacarla cuando fui a por los preservativos. Lo único que me alivia es saber que ya está terminando y no tardará en marcharse.

—Aquí tiene. —Le entrego la compra dentro de una pequeña bolsa y con rapidez le muestro el *ticket* con la cuenta.

Saca una cartera marrón de su bolsillo trasero, pone las monedas justas sobre la mesa y, mientras se la guarda en el mismo lugar, se fija en algo que hay guardado en una de las vitrinas que tengo colgadas en la pared. Mis músculos claman por piedad y comienzo a notar que cada vez pierdo más la fuerza. Lo único que quiero es que no se entretenga más y se largue de una jodida vez o aquí va a ocurrir una desgracia.

—¿Qué vale eso de ahí? —señala un producto que no logro distinguir y siento ganas de llorar. ¡Necesito que se marche ya! Miro hacia atrás buscando una excusa para entrar al almacén de nuevo y vuelve a dirigirse a mí—. Esa caja azul.

—No sé a qué se refiere... —Con disimulo seco el sudor de mi frente y aprieto más los muslos. Si al menos tuviese puestas las jodidas bragas podrían actuar como mordaza. Pero no, la mala suerte ha querido que también se me rompieran. Empiezo a creer que alguien o algo se está riendo de mí.

—El complemento vitamínico que está justo a la derecha.

—¡No está en venta! —grito llevada por la angustia al percatarme de que la bola ya está llegando a la salida.

—¿Cómo? —Me mira incrédulo por un segundo y se acerca más al producto.

—¡Está caducado! —Aprieto la mandíbula, como sin con ese gesto pudiese detener lo que está a punto de suceder.

—Disculpe, pero desde aquí puedo ver que para eso aún falta un año. ¿Puede abrir la vitrina para sacarlo? Me gustaría saber qué proporciones contiene. Llevo tiempo buscándolo.





—Em... —Mi barbilla tiembla— Em..., sí, bueno. —Junto las rodillas todo lo que puedo, me santiguo mentalmente y camino en su dirección como si fuese un pingüino.

Aunque intento disimularlo, noto como me mira y cuando me acerco a él puedo ver que levanta una ceja. Se aparta para dejarme paso, meto la mano en el bolsillo de mi bata con rapidez y después de sacar la llave trato de encajarla para abrir la vitrina, pero al darme cuenta de que no alcanzo, por instinto, me pongo de puntillas. En ese mismo instante todos mis miedos cobran vida. Un sonido parecido al descorche de una botella emerge de entre mis piernas y, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, me quedo paralizada. La maldita bola ha salido a presión de mi cuerpo sin que pueda evitarlo y, tras botar en el suelo, rueda hasta sus pies. Los dos nos quedamos en un completo silencio y en mi cabeza solo cabe un pensamiento: «Me quiero desmayar, necesito desmayarme. ¡Me urge desmayarme! Cuerpo, desmáyate ¡Desmáyate!»

Incapaz de moverme, ni siquiera para pestañear, como si mi cerebro quisiese hacerme pasar por una estatua, veo el momento exacto en el que el señor pepino baja la vista al suelo y, con una sonrisa traviesa en su boca, se inclina para cogerla. Ante mi atónita mirada la toma entre sus dedos y, tras observarla durante varios minutos, me la ofrece.

—Creo que se te ha caído esto. —Viendo que sigo más inmóvil que al principio, toma mi mano, me coloca la bola en el centro de la palma y cierra mis dedos en un puño para que no se me caiga otra vez—. Ya vendré otro día a por más de eso que tú y yo sabemos. —Me guiña uno de sus oscuros ojos y, dejándome con la palabra en la boca, o, mejor dicho, sin palabras, se marcha.

—Me qui-e-ro mo-rir.

Es lo único que acierto a decir cuando por fin lo veo salir por la puerta y tengo que poner las manos sobre mi pecho para sujetarme el corazón. Me late con tanta fuerza que temo que se me pueda caer en cualquier momento.





La manguera que nos unió

Al notar que no logro calmarme y que con cada minuto que pasa me altero más, busco entre los cajones de la medicación algo que me ayude y opto por un ansiolítico de acción rápida. Entonces lo pongo bajo mi lengua. Mientras espero a que me haga efecto cada vez soy más consciente de lo que acaba de ocurrir. Hiperventilo, gimoteo y hasta hipeo, pero no sirve de nada, la humillación me oprime tanto en el pecho que apenas puedo respirar.

Cuando me doy cuenta de que todavía estoy sosteniendo la bola en la mano, la lanzo cabreada contra la pared, culpándola de mi vergüenza y, para colmo de mis males, deja una marca en la pintura. Al verla no puedo más y comienzo a llorar. Margarita no tardará en bajar a revisar y lo que menos me apetece ahora mismo es aguantar otro de sus sermones.

Trato de recomponerme y, dando por hecho que pasaré la mañana sin bragas, en un momento de lucidez recuerdo que guardo algunas desechables postparto en el almacén. No dudo en usarlas. Así, al menos, si me tiene que atropellar un coche al salir, cosa que no descarto según se está presentando la mañana, mi madre no pasará tanta vergüenza. Si hay algo en lo que me insiste desde que soy pequeña es precisamente en eso... "Hagas lo que hagas, siempre, ponte bragas y, por supuesto, limpias".

Tras barajar, incluso, la posibilidad de cerrar la botica debido al suceso, logro sacar la fuerza suficiente para calmarme un poco y cuando estoy a punto de sentarme en el taburete que guardo siempre detrás del mostrador, las puertas se abren y mi amiga Lucrecia aparece con una gran sonrisa tras ellas.

—¿Preparada para la fiesta del fin de semana? —canturrea mientras se acerca. Tenemos una despedida de soltera que celebrar y aunque a mí no me hace especial ilusión, ella parece estar ansiosa desde hace semanas—. ¡Ojú! —exclama cuando la tengo enfrente—. ¿Qué te pasa en la cara, nena? Parece que has visto a un fantasma.

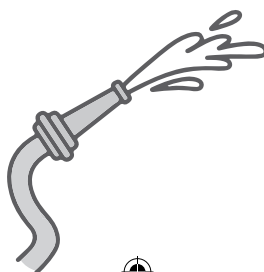


ELENA GARCÍA

—Pues no te diría yo que no... —Dejo salir un suspiro. Si de algo estoy segura es que ese tipo fantasma es un rato. Si al menos hubiese mostrado un poco de educación... Podría haber disimulado o fingir que no había visto nada, pero no..., ha preferido dejar constancia, y bastante clara.

Vuelvo a ponerme en pie y noto una presión extraña en mi vagina. La siento tan agotada que no me extrañaría que en cualquier momento jadease sofocada. Después de toda la tensión a la que la he sometido hoy solo espero que no se me contraiga.

—¿Qué ha ocurrido? —Apoya las manos en el mostrador y espera a que responda.





❖ Capítulo 4 ❖

Sábado por la mañana

Han pasado varios días desde que hice el ridículo más grande de toda mi vida y aunque no he logrado pasar página, ni creo que lo haga mientras viva, por suerte, el tipo no ha vuelto a la farmacia. Eso no quita que cada vez que veo entrar a un cliente me tense creyendo que puede ser él, pero imagino que, de algún modo, él también sintió vergüenza al pensar en lo que hizo. No debió actuar así. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre coger eso del suelo, y más sabiendo de dónde ha salido? ¿Y si en vez de en la vagina lo tuviese metido en el...? ¡Qué asco! Sacudo mi cabeza tratando de borrar esa imagen e intento volver a centrarme en lo que estaba haciendo, pero antes de conseguirlo mi teléfono comienza a sonar y al ver que se trata de Lucrecia, con desgana, atiendo su llamada. Lleva días insoportable.

Aunque insistió bastante para saber qué me pasaba el día que vino a visitarme a la farmacia, decidí buscar una excusa. Sé que si le hubiera contado la verdad habría servido de burla durante años y no estoy dispuesta a pasar por algo así. Ya tengo bastante soportando que mi querido grupo de amigos se dirija a mí como "la mojigata". Y todo porque en varias ocasiones me escandalicé con sus conquistas o revolcones. Cosa que ahora también hago, solo que ya no lo digo. Nunca entenderé tanta promiscuidad.



Durante toda la semana Lucrecia ha estado llamándome para recordarme que hoy es la despedida de soltera de nuestra amiga y, aparte de eso, me ha enviado mil fotografías con diferentes modelitos para que le eche una mano con su atuendo. Si para algo así me necesita tanto, qué será de mí cuando llegue el día de la boda. La que me espera...

—Nena, ¿has pensado ya qué te vas a hacer en el pelo? —me pregunta por enésima vez. Esta mañana también lo hizo.

—Ya te dije ayer, antes de ayer y el día anterior, que solo me haré unas ondas. —Realmente ni eso me haría, pero después se queja de que desentonamos porque no voy tan arreglada como ella.

—¡Joder! —espeta nerviosa—. En nada llegará la hora y todavía no sé qué hacerme yo.

Miro el reloj y veo que casi son las siete de la tarde. En una hora cerraré la botica y si me doy prisa quizás llegue puntual, aunque ya avisé de que tardaría un poco más para que me esperen y así poder ir todas juntas.

—Hazte una coleta. A ti el pelo recogido siempre te ha quedado muy bien. —Ya no sé qué más decirle. Nada le viene bien.

—¿Una coleta? ¿Estás loca o qué? De ninguna manera. Quizás... —Se queda unos segundos callada y aprovecho para exhalar—. Quizás si me lo aliso... —Llevo días proponiéndole precisamente eso—. Sí, eso haré. Creo que me irá bien. Te llamo luego. —Cuelga y me quedo mirando al vacío mientras imagino varias formas de matarla.

Cuando llega el momento, apago las luces y, al igual que hago últimamente, desconecto los fusibles. Coloco el palo de madera que utilizo para evitar descargas en una de las esquinas y recuerdo que tengo que hablar con Margarita. He estado tan ocupada que todavía no he podido y solo recuerdo que debo hacerlo cada vez que tengo que usarlos. Lo anoto en un post-it para que no se me olvide y lo pego en el mostrador. Seguro que así podré recordarlo el lunes sin problema.





La manguera que nos unió

Nada más llegar a casa corro a la ducha y cuando me doy cuenta de lo tarde que es, mi idea de arreglarme el cabello se esfuma. Lo peino con rapidez y cuando me enfundo en el vestido noto que algo no va bien. Me acerco al espejo y al ver mi reflejo en él siento ganas de golpear el cristal. De nuevo he vuelto a engordar y ya no me queda tan bien como recordaba. Trato de subir la cremallera, pero cuando voy por la mitad comienza a faltarme el aire y la tengo que volver a bajar.

—Menuda mierda.

Me coloco de perfil y veo que mis caderas están algo más anchas. No es mucho, pero cometí el error de comprarme un vestido poco elástico y, por supuesto, estas son las consecuencias. Cuando lo adquirí hace dos años confiaba en que siempre me mantendría igual. Qué inocente fui.

Busco con rapidez en el armario otra prenda que me pueda servir y me decido por un mono negro de licra. No será igual, pero estaré mucho más cómoda. Sigo buscando y entre las chaquetas encuentro una roja que llama mi atención de manera especial. Ni siquiera recordaba que la tenía. Solo me la puse una vez y, al no encontrar otro momento para utilizarla de nuevo, la guardé.

Vuelvo al espejo y esta vez no me disgusta lo que veo. La tela del mono tiene una caída perfecta y disimula bastante bien mis curvas. Meto los pies en unos zapatos de tacón rojo, pinto mis labios del mismo color y vuelvo a echarme un último vistazo. Si tan solo lograra quitarme unos kilitos de encima..., pero como no dejo de tragar no me queda más remedio que aprender a vivir con ellos, y seguramente con algunos más. Aunque, siendo sincera, no me veo tan mal, así que a quien no le guste que no mire. Ahueco mi largo y negro cabello, envío un mensaje a Lucrecia y, antes de salir, me rocío con mi perfume favorito. Por suerte mi madre se ha ido a pasear con una amiga y esta vez no me amargaré la salida. Siempre que quedo con alguien tiene que poner la guinda al pastel con alguna frase inoportuna: "Eso que



llevas no te queda bien" "¿Vas a salir así?" o la que más odio... "¿No tienes otra cosa?". Sé que no lo hace para molestarme y que realmente es lo que piensa, pero estoy tan cansada de que siempre me haga lo mismo cuando ya no puedo cambiarme, que ya me enerva. Por no decir que luego me paso toda la noche tirando hacia abajo de la camisa como si tuviera un tic, con la única intención de taparme las caderas.

De camino al lugar donde hemos quedado recibo una llamada y, sabiendo que es de ellas, me detengo donde puedo para contestarla.

—Estoy a diez minutos.

Se quejan, pero terminan accediendo y me esperan.

Al llegar, Lucrecia me mira sorprendida y veo un gesto arrugado en su rostro.

—¿Dónde está el vestido? Me dijiste que...

—Lo sé —murmuro cerca de su oído—, pero he tenido un pequeño problema.

—¿Cuál? —me pregunta extrañada.

—El muy cabrón ha encogido y me hacía parecer una salchicha alemana.

Blanquea sus ojos y noto que no le ha hecho ninguna gracia. La conozco demasiado bien como para saber que algo así puede estropearle la noche. A veces pienso que sufre algún tipo de trastorno obsesivo compulsivo, pero cada vez que se lo insinúa se lo toma a broma.

Nos ponemos en marcha y al recordar que le toca conducir a Marina me propongo mentalmente tomarme unas copas. Hace meses me tocó vivir otra despedida con ellas y, para qué engañarnos, fue un infierno. Además, hace mucho tiempo que no bebo y después de lo que me ocurrió el otro día necesito evadirme. Así mataré dos pájaros de un tiro: Me olvidaré un poco del señor banano, ya que no he podido sacármelo de la cabeza en toda la semana y, de paso, podré soportar la dura noche que me





La manguera que nos unió

espera. Lucrecia se acomoda a mi lado, abre el bolso y cuando la oigo gritar al tiempo que saca cuatro diademas de las que cuelgan dos penes como si fuesen antenas, bufo.

—¡Llegó la fiesta! —Nos entrega una a cada una y siento vergüenza ajena.

Las tres no dudan en colocárselas al momento mientras ríen, pero yo me resisto. Definitivamente, necesito tomarme unos buenos tragos para poder hacer lo mismo.

Media hora después llegamos al club de copas donde se va a celebrar la fiesta y hay cerca de veinte chicas más allí. Me extraña que seamos tan pocas, ya que es un local muy concurrido, pero cuando Marina me explica que han alquilado la sala y que solo estaremos en ella las amigas más cercanas lo entiendo todo. Saludamos a las conocidas y nos acomodamos en grupo en una de las mesas que hay en una esquina. Al darme cuenta de que me toca sentarme al lado de Roxana busco otro asiento libre para apartarme. Antes éramos amigas, o eso creía, pues un día llegó a mis oídos que se andaba riendo por ahí de mí debido a mi peso y todo aquello terminó. No le he vuelto a dirigir la palabra desde entonces. Es una pena que se burle así de la gente cuando ella tiene la nariz más fea que Michael Jackson después de operarse. Cada vez que se ríe suena igual que un cerdo asmático.

El camarero no tarda en llegar para tomarnos nota y comenzamos con una ronda de chupitos. En la cuarta la futura novia se pone en pie, levanta su vaso y, tras brindar, la música comienza a sonar y con ella empieza la fiesta. El alcohol poco a poco nos va soltando y cuando nos queremos dar cuenta ya estamos en la pista. Yo todavía me resisto a ponerme la dichosa diadema, pero Lucrecia, al darse cuenta, viene hasta mí y me la coloca. En el momento en que voy a protestar un camarero camina entre nosotras con una bandeja de copas y cuando nos las ofrece, sin pensármelo, tomo una con cada mano. Mañana seguro que me arrepentiré, pero esta noche las voy a necesitar.





Me tomo la primera casi de un trago y continúo con la segunda. Con todo lo que llevo ya encima debería bastar, sin embargo, cuando menos me lo espero Marina pone en mis manos otra más y, por no hacerle el desprecio, también me la bebo.

Desinhibida por completo, y lejos de lo que creía, comienzo a pasármelo bien; hasta me animo a bailar con Lucrecia coreografías que inventamos en la escuela. Cuando más metidas estamos en los pasos, las luces se apagan y las chicas susurran preocupadas. Me pongo de puntillas para ver lo que ocurre y veo a dos bomberos entrar.

—¿Qué hacen estos aquí? —le pregunto a Lucrecia y, cuando se encoge de hombros, miro ingenua a nuestro alrededor buscando humo.

—Señoritas, nos acaban de avisar de que aquí hay fuego. ¡Muuucho fuego! Así que háganse a un lado porque... ¡Venimos a apagarlo! —De pronto saltan a la pista con nosotras y al comprender de qué se trata comenzamos a gritar como locas. La música retoma y cuando empiezan a bailar sensualmente nos apartamos haciendo un círculo para verlos mejor. Sus atuendos parecen tan reales que hasta me resulta gracioso. Si no fuese porque llevan su rostro cubierto con la pantalla del casco y unas gafas de sol, nos habrían engañado.

Uno de ellos desenrolla una manguera y, sin dejar de contorsionarse, la extiende con habilidad en el suelo. El dueño del local coloca dos sillas en el centro y, tras una espectacular voltereta, caen de pie sobre ellas. Si tuviese que hacerlo yo acabaría igual que un escorpión.

Aplaudimos efusivas y por el rabillo del ojo puedo ver cómo Roxana me mira, le susurra algo a su compañera y ambas ríen. Partiendo de que fue ella quién me puso el apodo que más odio, casi me puedo hacer una idea de lo que hablan. Seguro que no esperaban verme disfrutar con un espectáculo así.





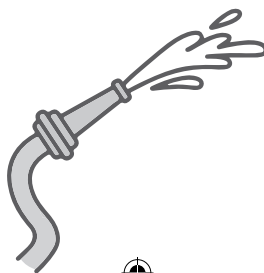
La manguera que nos unió

Los gritos vuelven a llamar mi atención y mis ojos quedan fijos en los estríperes. Mueven sus caderas al compás y, de un fuerte tirón, arrancan sus camisetas dejando sus marcados pectorales a la vista. Roxana y su amiga parecen más interesadas en mí que en ellos, así que finjo que disfruto, aunque en realidad no me está costando demasiado. No sé si será por la percepción que me da el alcohol, pero la verdad es que, dejando a un lado los prejuicios, lo hacen de maravilla. Lucrecia lanza obscenidades al aire y en el momento en el que se quitan el pantalón comenzamos a saltar al tiempo que chillamos.

Cuando lo único que cubre sus cuerpos son los cascos y un minúsculo y abultado calzón, el más alto toma un micrófono y habla.

—¡Necesitamos a dos voluntarias!

Antes de que pueda reaccionar, alguien me empuja desde atrás y acabo en medio de la pista.







❖ Capítulo 5 ❖

Vuelvo espantada al lugar del que nunca deberían haberme movido y las malditas manos vuelven a hacerme lo mismo.

—¿Quién ha sido? —grito mientras me giro y veo que Lucrecia se ríe.

—¡Dale caña, nena! ¡Es tu momento! —vocea para que la escuche y desearía poder arrancarle la tráquea. ¿Cómo ha podido hacerme esto!?

—Hija de... —Antes de que pueda terminar el insulto observo que Roxana también tiene sus ojos puestos en mí y atisbo claramente el momento en el que se burla con su amiga—. Se van a cagar —me digo para armarme de valor y, como si no fuese yo misma, cambio de idea. Pienso demostrarles que, si me da la gana, puedo ser la más perra. Se van a comer el maldito apodo. Doy un paso al frente y en un segundo de lucidez temo que esa decisión no sea mía, sino de las copas que ya llevo encima, pero el alcohol inunda mis pensamientos y cuando me quiero dar cuenta estoy levantando uno de los brazos.

—¡Ya tenemos a la primera! —El del micrófono se dirige a mí y me extiende su mano para que me acerque.

«Pero qué coño estoy haciendo...» me riño a mí misma. Sin embargo, mis piernas ignoran lo que está ocurriendo y continúan moviéndose solas. Hacía años que no me sentía tan ebria.

Oigo al grupo gritar detrás y sé que algo así, viniendo de mí, es lo que menos esperaban. Definitivamente, yo tampoco. Me





he pasado media vida renegando de esto y justo hoy, delante de todas, estoy haciendo todo lo contrario, pero por mis narices que pienso callarle la boca a la hipócrita de Roxana. Ella, en el fondo, también es una puritana, por eso encajamos al principio, aunque sabe disimularlo muy bien.

Los gritos cada vez se vuelven más fuertes y me giro para saludar como si fuese Scarlett Johansson. Les lanzo un beso y cuando vuelvo mi atención al frente noto que uno de mis zapatos se enreda en la manguera que con tanto esmero habían extendido los estríperes. Hago mil aspavientos para no caerme, con los que más que intentar salvar el golpe parece que estoy bailando break dance. Sé que si no lo enmiendo pronto seré el hazmerreír de la noche, en lugar de la reina como pretendo, y me niego a besar el suelo. Sin saber muy bien cómo, saco fuerzas de donde no las tengo y de un fuerte tirón logro apoyar el pie libre delante de mi cuerpo. En ese momento, el que tenía atrapado en la manguera queda suelto y, debido a la gravedad, obligo a mi cuerpo a adoptar una postura antinatural, quedando mi tronco totalmente inclinado hacia delante y los brazos extendidos hacia atrás. Al ver que la caída es inminente, doy varios pasos más para mantener el equilibrio y, cuando me quiero dar cuenta, estoy corriendo hacia ellos como si fuese una gallina clueca.

Los gritos se intensifican y, de pronto, mi cabeza choca con algo extrañamente blando que me frena. Tras oír un alarido parecido al de un gato en celo, miro hacia arriba confundida y me encuentro de frente con el estríper del micrófono. Tiene su boca torcida en una mueca de dolor y, al descubrir lo que acabo de hacer, mis ojos se abren desorbitados.

—Yo..., lo siento. —No puedo creerlo. ¡Acabo de darle un cabezazo en los cascabeles!

Me aparto con rapidez y veo cómo coloca sus manos en la entrepierna gimiendo de forma aguda. Se echa hacia delante, casi de la misma forma en que lo hice yo antes y cuando las carcajadas





La manguera que nos unió

estallan en la pista se marcha caminando sin separar los muslos. Busco con la mirada a su compañero para ofrecerle una disculpa y lo encuentro entregado por completo a la risa. Tiene apoyadas las manos en sus rodillas y se carcaja como los demás.

—¡Señoritas! —El dueño del local interviene para salvar la situación—. Hemos sufrido un pequeño contratiempo, pero la diversión debe continuar. —Hace una señal al DJ y este cambia la música.

Miro preocupada en la dirección en la que se fue el bombero magullado y lo encuentro sentado en una silla mientras alguien le ofrece un vaso de agua. No puedo ver sus ojos por las gafas, pero por alguna razón sé que me está fulminando con la mirada. Lo único bueno de todo esto es que al final nadie se ha reído de mí.

—Nena. —Lucrecia se acerca sofocada por las risas y pone la mano en mi hombro antes de tomar un poco de aire—. Nena... —Lo intenta de nuevo, pero las carcajadas mudas no se lo permiten—. ¡Lo he grabado todo! —logra decir por fin y tiene que sujetarse con fuerza a mi ropa para no caerse. Tras unos segundos intentando calmarse, se aparta como puede y, buscando algo en su teléfono, le muestra a Marina lo que creo que es el vídeo. Entonces continúan con las risas.

Cuando menos me lo espero, el lesionado regresa todavía cojeando y el dueño del local vuelve a hacerle entrega del micrófono.

—¿Por dónde íbamos? —vocea forzoso para animarnos y noto su mirada—. ¿Queréis que sigamos con la fiesta? —Sin dudarlas todas contestan que sí mientras le hace una especie de gesto a su compañero y este viene hacia mí. Me pone la mano en la cintura y me guía hasta una de las sillas—. ¡Necesitamos otra voluntaria más! —Es extraño, pero nadie se ofrece y, en cierto modo, me ofende. ¿Dónde están ahora las que siempre presumen de ser unas lanzadas? —¡No tengáis miedo! ¡No mordemos! — El lesionado se acerca a ellas y, al ver cómo Roxana se echa hacia atrás con intención de esconderse, grito.





—¡Ella! —Valiéndome de que he perdido la vergüenza por completo gracias a mi borrachera, me pongo en pie y la señalo. Es posible que nunca más vuelva a tener una oportunidad como esta para vengarme y no puedo permitirme perderla—. ¡Ella me dijo antes que quería! —miento y empiezo a notar que se me enredan las palabras, pero me da exactamente igual. ¿Quieren jugar? Pues la van a tener—. ¡Vamos, Roxanita! —Observando que se esconde más, la nombro para que no tenga escapatoria—. ¿O acaso esto te asusta? —Nunca pensé que haciendo algo así pudiera sentirme tan bien.

Sin perder la ocasión, el del micrófono agarra su muñeca y aunque en un principio se resiste, al escuchar que todas la animan y sabiendo lo que ocurrirá si no lo hace, no puede negarse más y se deja llevar hasta la pista. Se sienta en la silla que hay a mi lado y, tras lanzarme la peor de las miradas, comienza a sonar *Whine Up* de Kat DeLuna.

El del micrófono se queda con ella y su compañero regresa conmigo. Ambos se colocan delante de nosotras y comienzan a contornearse ante nuestros ojos como si no tuviesen articulaciones.

—¡Oh, sí! ¡Vamos, guapo! —grito solo para que Roxana me oiga. Cuando estuvimos sentadas en la mesa la escuché comentar que no iba a tomar nada de alcohol porque estaba siguiendo una dieta, así que, sabiendo que además está sobria y en plenas facultades, pienso aprovecharme de ello. No le vendrá nada mal pasar un poco de vergüenza.

El vaivén de los estríperes se vuelve cada vez más intenso y cuando el que está delante de mí apoya sus manos en mis hombros, contengo el aire. No sé qué está pensando hacer, pero, como sea, debo aguantar el chaparrón que yo misma he creado. Es mi momento y voy a demostrarles que no soy como piensan. Estoy hasta el higo de que me vean como a una monja.





La manguera que nos unió

—¡Sóbase hasta el sieso! —Aunque todas berrean a la vez, logro distinguir la voz de Lucrecia—. ¡Aprovéchate ahora que puedes!

El bombero se restriega una y otra vez contra mi cuerpo y hago un esfuerzo sobrehumano para soportarlo. Se aparta unos metros y cuando se inclina para coger una toalla puedo apreciar su bolsa escrotal por detrás.

—¡Dios mío de mi vida! —Cierro los ojos y, con disimulo, pataleo. «Aguanta... Demuestra que puedes. Tú puedess». Con la idea de que lo que esconde tras su minúsculo calzón es una gran bola de calcetines logro relajarme un poco. De ningún modo ese puede ser un tamaño normal.

Extiende la toalla para que todas puedan verla y regresa hasta mí. Se la coloca alrededor de la cintura y se acomoda sobre mis rodillas mirando hacia el grupo. No sé qué está haciendo, pero mientras que la flecha de su brújula siga apuntando hacia ellas no hay nada que temer.

Comienza a bailar sobre mi regazo y cuando echa las manos hacia un lado para soltar uno de los laterales de su calzón me tenso, pero cuando suelta el otro y noto caer algo en la cara interior de mis muslos, tengo que apretar la mandíbula para no chillar.

«Son los calcetines, son los putos calcetines» repito en mi mente sin parar y cuando todavía no he logrado convencerme, toma una de mis manos, la mete bajo la toalla y me obliga a palpar algo.

—¡Virgen de la sota de bastos! —exclamo en alto y escucho como se ríe. De ningún modo ahí dentro hay unas malditas calcetas. Lanza con su mano libre el calzón a las chicas mientras se mece al compás de la música y, enrollando mejor sus dedos alrededor de los míos, me guía sobre lo que, más que un pene, parece el bastón de Gandalf.

—¿Cómo la tiene? —Ahora es la voz de Marina la que llega hasta mis oídos.



—¡Suave! —grito llevada por los nervios y estallan en carcajadas.

El bombero, con agilidad y sin que las demás puedan ver lo que yo he podido palpar, pasa una de sus piernas por encima de mi cuerpo y se queda sentado de frente a mí. Mueve sus caderas en círculos, así que puedo notar perfectamente el calor que toda esa masa desprende. Me lamento por no chocar con él, seguro que hubiese amortiguado mejor el golpe.

Incapaz de abrir los ojos debido a la vergüenza, los siguientes minutos se convierten en los más largos de toda mi vida. Por un instante se detiene y solo cuando noto que se levanta de mis rodillas, me atrevo a mirarle de nuevo. Sonríe pícaramente a la vez que despliega su toalla y cuando menos me lo espero, con un rápido movimiento atrapa mi cabeza con ella, quedando su pene a la altura de mis ojos.

«Virgen Santa, Virgen pura, no permitas que se le ponga dura...», rezo en mi mente y como si ese bicho fuese una cobra y yo una encantadora de serpientes, nos quedamos mirando fijamente. Yo a su ojo y el a los míos, en total silencio. Trago saliva como puedo para evitar moverme, creyendo que así estaré a salvo. Si no fuera porque me aparto en uno de sus vaivenes, me hubiera sacudido con ella en la mandíbula.

—Sé buena, ¿vale? Haz lo que quieras, pero a mí ni me roces —le hablo como si pudiese entender lo que digo y llego a la conclusión de que estoy mucho más achispada de lo que creía.

Se detiene, y cuando parece que todo ha terminado, anuda la toalla a su cuerpo para que nadie más pueda verlo. Al apartarse noto mi pelo despeinado, pero debido al estado de *shock* en el que me encuentro no me molesto ni en colocarlo.

El bombero se aleja con rapidez, pero al ver que regresa unos minutos más tarde danzando con la dichosa manguera en sus manos, resoplo. Esta tortura parece no tener fin. Comienza a enrollarme con ella a la vez que su compañero, tomando el otro





La manguera que nos unió

extremo, hace lo mismo con Roxana. Las sillas comienzan a moverse por la presión con la que tiran y un minuto después ambas estamos inmovilizadas espalda contra espalda.

Los tipos se nos acercan con movimientos sensuales y si no fuese porque estoy atrapada, huiría como una cobarde. ¡Ya no puedo más! Me niego a tener que enfrentarme de nuevo a su bestia. Echo la cabeza hacia atrás como si así pudiese apartarme y para lo único que me sirve es para chocar con la de Roxana, que parece estar haciendo lo mismo.

—Me vas a pagar esto —espeta aprovechando que me tiene tan cerca.

—¡Jódete! ¿Quién es la mojigata ahora? —reclamo con la voz entrecortada debido a que los órganos genitales del bombero están rebotando en mi estómago mientras lleva a cabo un perreo intenso.

—Es-to no que-da-rá así. —Por como tiembla su cabeza, sé que le están haciendo lo mismo.

—¡Mariaaajo! ¡Mariaaajo! —Las demás me animan y, llevada por la emoción, termino de perder la poca vergüenza que me queda

Por un segundo noto algo extraño en el bombero, pero no tardo en ignorarlo y me entrego al juego. Ha llegado mi momento y toca cerrar muchas bocas.

